



DICASTERIUM
PRO LAICIS, FAMILIA ET VITA

ARCHIDIÓCESIS DE SAN SEBASTIÁN DE RÍO DE JANEIRO

CURSO PARA LOS OBISPOS DE BRASIL

Homilía Santa Misa

25 de enero de 2023

(Hch 22,3-16; Sal 116; Mc 16,15-18)

S.E.R. Card. Kevin Farrell

Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida

Queridos Hermanos en el Episcopado:

La Iglesia celebra hoy la conversión de San Pablo, un episodio que, por sus consecuencias, va más allá de la historia personal de este gran apóstol y adquiere el carácter de “acontecimiento eclesial”. De hecho, la conversión de San Pablo dio lugar a un verdadero “movimiento de evangelización” que llevó el Evangelio a nuevas regiones del mundo y promovió una nueva reflexión sobre la persona de Jesús y su obra de salvación. Con esta fiesta concluye la Semana de oración por la unidad de los cristianos: una gracia que siempre pedimos en la oración para que Dios la conceda a la Iglesia. Mirando a San Pablo, quisiera detenerme ahora con ustedes para reflexionar sobre la conversión.

En el relato autobiográfico que hemos escuchado en la primera lectura, Pablo relata con extrema sinceridad su odio y su actitud persecutoria hacia el “Camino”,

como él define el cristianismo. Creía tener razón, creía defender la pureza de la religión y la tradición judías, cuando he aquí que se le aparece una luz, la luz “verdadera”, no la luz de las ideas humanas, sino la luz de Dios. Esta luz le ciega. Pablo pensaba que podía ver, estaba convencido de que lo sabía todo, de que estaba “iluminado”, pero frente a la luz que es Cristo mismo, experimenta estar en tinieblas. Este es un primer aspecto importante de la conversión de Pablo y de toda conversión: reconocer la propia oscuridad, la propia ceguera. ¡No es cierto que lo sepamos todo, que nuestras creencias, nuestra forma de pensar y de actuar sean incuestionables! Cuando estamos ante la luz de Dios nos damos cuenta de que no estamos en la verdad y de que necesitamos revisar muchas cosas de nuestra vida. Queridos hermanos, es importante que nos pongamos siempre ante la luz de Dios, en la oración personal, en las celebraciones comunitarias, en la escucha de la Palabra de Dios, en el intercambio de experiencias con los hermanos hecho en un ambiente de recogimiento. Esto nos ayudará a verlo todo con la perspectiva adecuada y a no absolutizarnos ni absolutizar nuestras opiniones.

La conversión que nos interpela y nos devuelve a la humildad no se limita a nuestro primer encuentro con la luz de Cristo. Es un proceso espiritual continuo. El Santo Padre, en su reciente discurso a la Curia Romana, dijo: «Nuestra primera conversión conlleva un cierto orden: el mal que hemos reconocido y tratado de extirpar de nuestra vida, efectivamente se aleja de nosotros; pero es ingenuo pensar que permanezca alejado por largo tiempo. En realidad, poco después se nos vuelve a presentar bajo una nueva apariencia. Si antes aparecía vulgar y violento, ahora en cambio se comporta de manera más elegante y educada. Entonces necesitamos reconocerlo y desenmascararlo una vez más» (*Discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas, 22 de diciembre de 2022*). Hay, pues, un primer desapego del mal, que podemos haber experimentado de forma más visible y emocional en nuestra juventud. Sin embargo, existe otro desapego del mal, menos llamativo, pero igualmente profundo, que se prolonga a lo largo de toda la vida. Nosotros sacerdotes y obispos también necesitamos una vigilancia constante y una conversión continua para poder desenmascarar las sutiles trampas del diablo, que

reaparece en cada etapa de la vida con nuevos engaños, desviaciones, compromisos y entregas espirituales y morales que a menudo son más difíciles de reconocer que las de la “primera conversión”.

Para nosotros, los pastores, un obstáculo importante para la conversión puede venir precisamente de nuestro papel eclesial: como obispos, estamos en la Iglesia y a la cabeza del rebaño que se nos ha confiado. Y sabemos bien que la conversión suele ser más fácil para los que están “lejos” de Dios y de la Iglesia que para los que están “cerca”. Pablo, de hecho, en el momento de su conversión estaba fuera de la Iglesia y se oponía a ella. Incluso en la parábola evangélica del padre misericordioso, es el hijo menor que se ha marchado de casa el que siente la necesidad de convertirse y volver con su padre, y no el hijo mayor que siempre ha permanecido en casa. Dirigiéndose a la Curia Romana, el Papa Francisco señaló a este respecto: «La mayor atención que debemos prestar en este momento de nuestra existencia es al hecho de que formalmente nuestra vida actual transcurre en casa, tras los muros de la institución, al servicio de la Santa Sede, en el corazón del cuerpo eclesial; y justamente por esto podríamos caer en la tentación de pensar que estamos seguros, que somos mejores, que ya no nos tenemos que convertir» (*ibíd.*). Queridos hermanos, estas palabras del Santo Padre nos conciernen a todos los que desempeñamos un papel institucional en la Iglesia. ¡Tengámoslas en cuenta!

Un último aspecto de la conversión sobre el que quiero reflexionar es su estrecha relación con el apostolado y la evangelización. Lo vemos bien en Pablo. Su conversión se convierte inmediatamente en una misión. Ananías, como hemos oído, le anuncia que «dará testimonio» de Cristo «ante todos los hombres». El converso se convierte inmediatamente en “testigo” y “apóstol”. Nosotros personalmente y la Iglesia en su conjunto estamos llamados a ello. Nuestra continua conversión a Cristo nos impulsa a convertirnos en apóstoles y anunciadores de la verdad que hemos encontrado, de la luz que nos ha iluminado, del amor que nos ha perdonado. Este es el mandato explícito de Jesús que escuchamos en el Evangelio: «Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena

Noticia a toda la creación». Ustedes saben muy bien que el Santo Padre en *Evangelii gaudium* habló con fuerza de una «conversión pastoral y misionera» que espera de toda la Iglesia (EG 25), «que no puede dejar las cosas como están» (*ibíd.*), lo que implica una conversión de las estructuras para que «todas ellas se vuelvan más misioneras» (EG 27). Y expresó este deseo: «No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida» (EG 49).

Este santo celo por evangelizar y llevar a Jesucristo a todos ha estado en el centro de toda la vida de San Pablo y de todos los santos de la historia de la Iglesia. Pidamos al Señor, por intercesión de la Virgen María, que éste sea también el deseo más vivo que anime nuestro ministerio.

Amén.